

VEGETTA777

WILLYREX

WIGETTA

Y EL MUNDO DE TROTUMAN



m̄r

VEGETTA777 WILLYREX

WIGETTA

Y EL MUNDO DE TROTUMAN



© Willyrex, 2019

© Vegetta777, 2019

Redacción y versión final del texto: Joaquín Londáiz, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.mrediciones.es

www.planetadelibros.com

© Ismael Municio, por el diseño de personajes y cubierta, 2019

© Pablo Velarde, por los bocetos, el color y la creación
de personajes secundarios, 2019

© José Luis Ágreda, por la línea y el color, 2019

Diseño de interiores y coordinación de ilustración: Rudesindo de la Fuente

Primera edición: noviembre de 2019

ISBN: 978-84-270-4624-5

Depósito legal: B. 22.850-2019

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Gráficas Estella, S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE



- 8 La Fiesta del Trotusaurio
- 32 La desaparición de Chispas
- 56 El descenso
- 80 Sirenas y tritones
- 104 La criatura
- 126 El Jardín de las Maravillas Acuáticas
- 152 El monstruo de las profundidades
- 174 El salón de trofeos
- 200 Marina, la coleccionista
- 224 Un encuentro inesperado
- 252 La perla rosa
- 276 Asalto a la fortaleza
- 302 El destino de Marina



LA FIESTA DEL TROTUSAURIO

El sol sonreía en un cielo prácticamente despejado. Apenas una o dos nubecillas rebeldes se atrevían a manchar aquella inmensidad azul. ¡Quién lo hubiera dicho! Unas pocas horas antes Willy y Vegetta surcaban el cielo en un globo aerostático acompañados por sus mascotas. El viaje había sido bastante movidito prácticamente desde que salieron de Pueblo. En más de una ocasión pensaron que nunca volverían a poner los pies en tierra firme, y eso que, aunque estaban allí por Trotuman, en esta ocasión él no había sido el encargado de dirigir el vehículo.

Cuando Trotuman recibió la invitación para ir a la Fiesta del Trotosaurio, que tendría lugar en una pequeña y encantadora isla de las conocidas Galápagos, decidió que solo asistiría si lo acompañaban sus amigos de toda la vida.



—En la invitación dice claramente que es una fiesta de tortugas —puntualizó Vakypandy—. Que yo sepa, todavía no tenemos caparazón ni somos de color verde.

—**¡Eso es lo de menos!**

—rechazó Trotuman—.

Somos algo más que amigos...

¡Sois mi familia!

Y eso os da derecho a venir a esta fiesta.

No se hable más.

A pesar de que Willy, Vegetta y Vakypandy no estaban muy convencidos por aquella explicación, no dudaron en acompañar a Trotuman en aquel viaje. Al fin y al cabo, si no eran bien recibidos en la fiesta, seguro que encontraban una buena playa donde tomar el sol y descansar un rato. Entre aventura y aventura, unas vacaciones eran un lujo que no podían permitirse a menudo.

No fue fácil ponerse de acuerdo a la hora de buscar un medio de transporte que les permitiese llegar a las islas Galápagos. Trotuman se ofreció para pilotar un avión, pero sus amigos se negaron de inmediato. La última vez que aquello sucedió viajaron en dirección contraria a la debida y terminaron estrellándose en una isla habitada por unos curiosos indígenas y el gorila más extraño que habían visto en su vida. Tampoco se fiaron del último invento desarrollado por Ray, el científico de Pueblo.

Se trataba de un cuadro de grandes dimensiones que mostraba un mapamundi bastante detallado. Bastaba con señalar en el mapa el lugar al que uno deseaba viajar, se atravesaba el cuadro y...

—¡No me lo creo!

—dijo Vegetta—. Esto me recuerda a aquel portal interdimensional que diseñaste.

¿Estás seguro de que no nos llevará a otra dimensión?

—¡Esa duda me ofende!

—exclamó el científico, rascándose su melena de león.

—A lo mejor nos lleva al punto del mapa...,

¡pero en otro momento de la historia!

—añadió Willy,
quien también desconfiaba del invento.

Ray decidió hacerles una demostración.

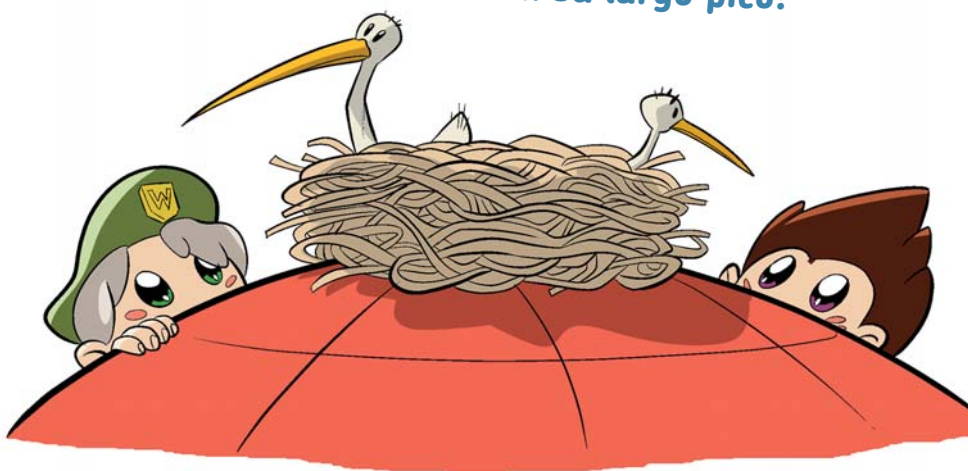
Iría al Polo Norte, traería un poco de nieve y regresaría de inmediato. Pero cuando activó el mapamundi y del cuadro surgió un inmenso tentáculo repleto de ventosas, los amigos desconectaron la máquina y salieron corriendo de allí.



Entonces, ¿cómo viajar? En barco alguno se mareaba. Andando era imposible llegar, porque también había que nadar. Y en bicicleta... ¡ni se lo plantearon! Al final decidieron viajar en globo aerostático.

Les pareció que sería toda una aventura. Y no anduvieron desencaminados. Al poco de abandonar Pueblo, descubrieron que una cigüeña había anidado en la parte superior del globo. Sin duda, lo encontró bastante más cálido y menos ruidoso que el campanario de una iglesia,

**¡pero estuvo a punto
de rajar la tela del globo
con su largo pico!**



Después se cruzaron con aquella avioneta que casi los arrolla. Tuvieron la impresión de que la pilotaba Trotuman, pero este viajaba junto con ellos. ¿Acaso era posible que tuviese un familiar piloto? Por cómo lo hacía no era descartable, desde luego. Y más tarde vinieron las tormentas y los vientos huracanados. Pero nada de aquello pudo con Willy y Vegetta, que al final llegaron sanos y salvos a las islas Galápagos.

Descendieron del globo no muy lejos del lugar donde se celebraba la fiesta. Trotuman encabezó la marcha seguido por sus tres amigos. En esta ocasión no había temor a perderse. Todo lo que debían hacer era caminar en la dirección de la que venían la música, los alegres cánticos y aquel delicioso olor a barbacoa de verduras y palomitas de maíz.

—**¡Trotuman!**

—exclamó una tortuga anciana nada más verle llegar. Llevaba el pelo gris recogido en un moño y unas gafas redondas, y caminaba apoyándose en un pequeño bastón—.

¿Eres tú de verdad?

Trotuman se paró en seco.

—**¡A... abuela?**

—**¡Qué alegría verte!**

No sabía si te animarías a venir.

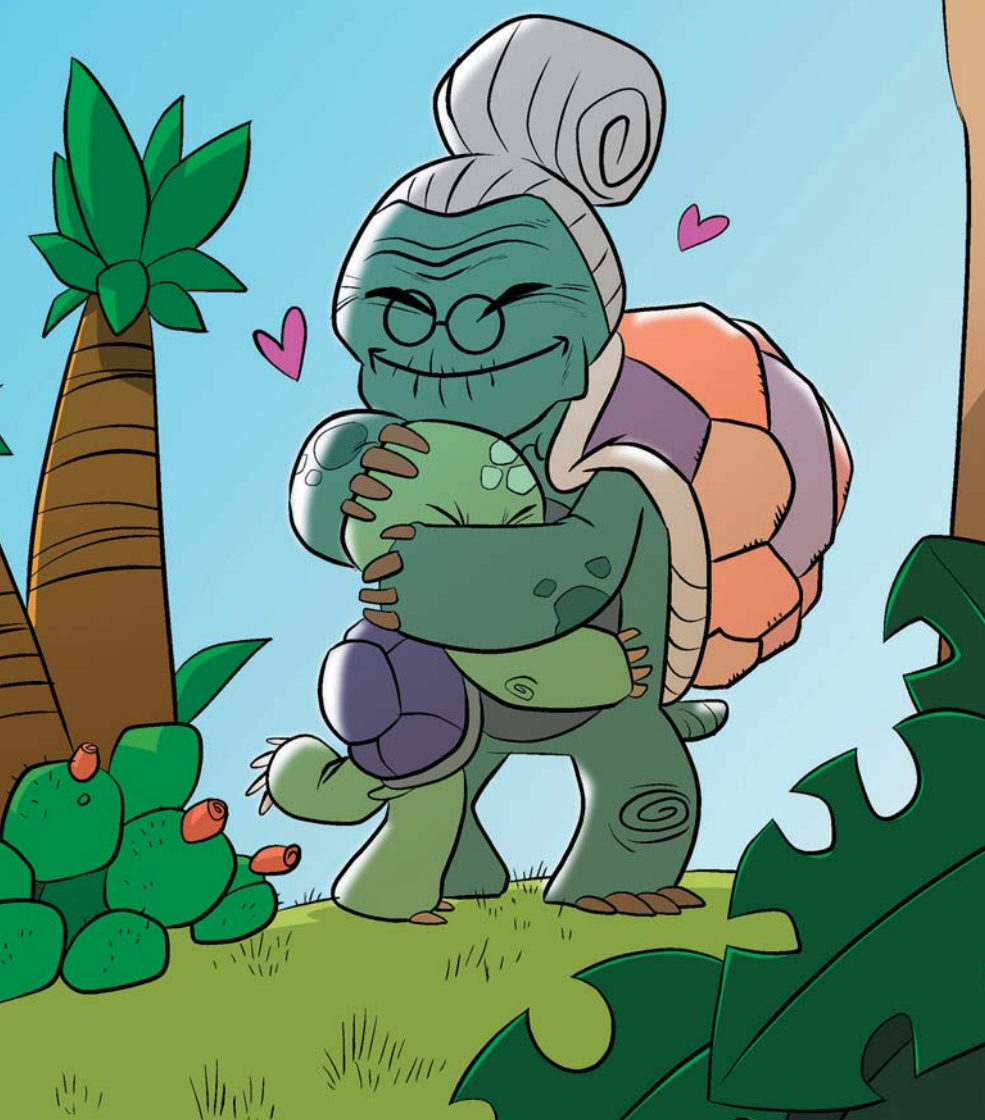
—**¡Claro que sí!**

¿Cómo no iba a hacerlo?

Trotuman se apresuró a presentar a sus amigos. Willy, Vegetta y Vakypandy estaban preparados para marcharse si veían un mal gesto o una mala cara, pero no fue así. La abuela de Trotuman los recibió con cariño y los invitó a unirse a la celebración.



—Si Trotuman dice que sois su familia,
¡no se hable más!



Mientras Trotuman se quedó hablando con su abuela, los demás se apartaron unos metros. No tardaron en quedar asombrados por el ambiente festivo que los rodeaba. Si bien era cierto que todos los invitados eran tortugas, nadie los miró de forma extraña al verlos allí.

—¿Creéis que todas estas tortugas son familiares de Trotuman?

Willy y Vegetta rieron ante la ocurrencia de Vakypandy.

—Pues no te digo que no —contestó Willy al cabo de un rato—. Si hiciésemos un árbol genealógico de su familia y nos remontamos muy atrás en el tiempo...

**—¡Al final nos encontraríamos
con el primer huevo!**

—concluyó Vegetta.

—Ya.

**¿Y qué fue antes,
el huevo o la tortuga?**

—preguntó Vakypandy.

Los tres rieron de nuevo.

Aquella parte de la isla había sido decorada con mucho esmero. No había duda de que la Fiesta del Trotusaurio era un evento especial para ellas. Entre los pocos árboles que había se habían colgado guirnaldas y farolillos de colores. Había puestecillos de comida que desprendían un olor muy agradable por todo el recinto.

Era difícil comprender por qué Trotuman no se había abalanzado aún sobre alguno de ellos. Claro que podía tener algo que ver cómo le agarraba por el brazo la que debía de ser una tía abuela suya, quien se había unido a la conversación. Por las caras que ponía Trotuman, no iba a tardar en necesitar una operación de rescate.

Unos gritos de emoción y unos aplausos desviaron su atención. Willy y Vegetta vieron un amplio grupo de jóvenes tortugas sentadas alrededor de una enorme piedra. Sobre esta se hallaba la tortuga más arrugada que uno pudiese imaginarse. Era, claramente, una tortuga centenaria.

—**¿Estáis seguros de que queréis
que os cuente otra historia?**

—**¡SÍ!**

—respondieron las tortuguitas con entusiasmo.

Willy y Vegetta sospechaban que, con la de años que había vivido esa tortuga, bien podría tirarse un mes entero sin parar de contar historias...

¡Y aún le faltaría tiempo!

—¿Sabíais que no muy lejos de aquí, en las profundidades del océano, existe un maravilloso reino habitado por sirenas y tritones? Me refiero a esos increíbles seres cuyo cuerpo es mitad humano, mitad pez.

El público suspiró de asombro. A Willy y Vegetta no les extrañó oír algunas de las preguntas que lanzaron los jóvenes. ¡Ellos habrían hecho lo mismo!

—¿ESTÁ MUY LEJOS DE AQUÍ?

—¿A QUÉ PROFUNDIDAD?

—¿PODRÍAMOS VISITARLO?





Antes de que surgiese una nueva pregunta, apareció una tortuga muy arreglada, con larga melena pelirroja y las uñas pintadas de rojo. Podría decirse que era de mediana edad, pues no era ni muy joven ni muy vieja.

**—¡Pero qué cosas les cuentas,
bisabuelo Relámpagus!**

—dijo, soltando una risa estridente—. En quince minutos dará comienzo el concurso para glotones. ¡Os esperan un montón de tartas de frutas! Eso os interesará mucho más que una historia fantásica, ¿verdad?



Ninguna de las jóvenes tortugas se movió de allí. Todos estaban expectantes por que Relámpagus comenzase a hablar.

—En fin, vosotros os lo perdéis. ¡Ah!

Parece que ya tenemos un concursante.

La tortuga pelirroja aprovechó aquella excusa para escabullirse de allí. Willy y Vegetta sonrieron al ver que el participante para el concurso de tartas era Trotuman. No tenían ninguna duda de que se alzaría con el primer puesto, pues nadie era tan tragón como él.

—Ejem —carraspeó Relámpagus para captar la atención de todos los presentes y de alguno más que se había acercado hasta allí—. Recuerdo como si fuese ayer el día en que la vi. Podía hacer los cien metros lisos en unos pocos segundos. De hecho, creo que, con un poco de entrenamiento, todavía podría hacerlo.

Las jóvenes tortugas rieron con ganas.

—No sé de qué os reís, es la verdad. En fin, me estoy desviando del tema. Acababa de entrenar cuando me dirigía a la playa para darme un buen baño. Entonces la vi de lejos, sobre unas rocas, mientras se peinaba su larga melena rubia. Su cola de pez reflejaba los rayos del atardecer como si tuviese luz propia. Era la criatura más hermosa que se haya visto sobre la faz de la Tierra. Y su voz... —Relámpagus



se detuvo unos segundos, mientras las tortuguitas aguardaban con la boca abierta la continuación de la historia—. Me hechizó al instante. No sé si estuve parado unos minutos o dos horas. Y, cuando se marchó, no pude evitar seguirla. Estaba como hipnotizado. Tenía que seguir escuchando aquella voz.

»Así fue como me zambullí en el agua y, gracias a mis buenas dotes atléticas, logré seguir a aquella sirena hasta sus dominios. Era un reino maravilloso. Me faltarían las palabras para describirlo.

—**¿Está muy lejos?**

—preguntó de pronto una de las tortuguitas.

Relámpagus sonrió.

—Solo puedo decirte que se encuentra a una gran profundidad, mi querido Chispas. Era tal el hechizo que me envolvía que no recuerdo ni cómo llegué allí. Y mira que lo he intentado veces.

Relámpagus les contó que en aquel reino no solo vivían las sirenas. También estaban los tritones, encargados de defender el lugar. A pesar de los peligros, en numerosas ocasiones intentó encontrar el reino de las sirenas, pero no tuvo suerte.

—Tal vez es mejor así —concluyó la tortuga anciana—. Quién sabe lo que podía haberme ocurrido si llegan a atraparme.



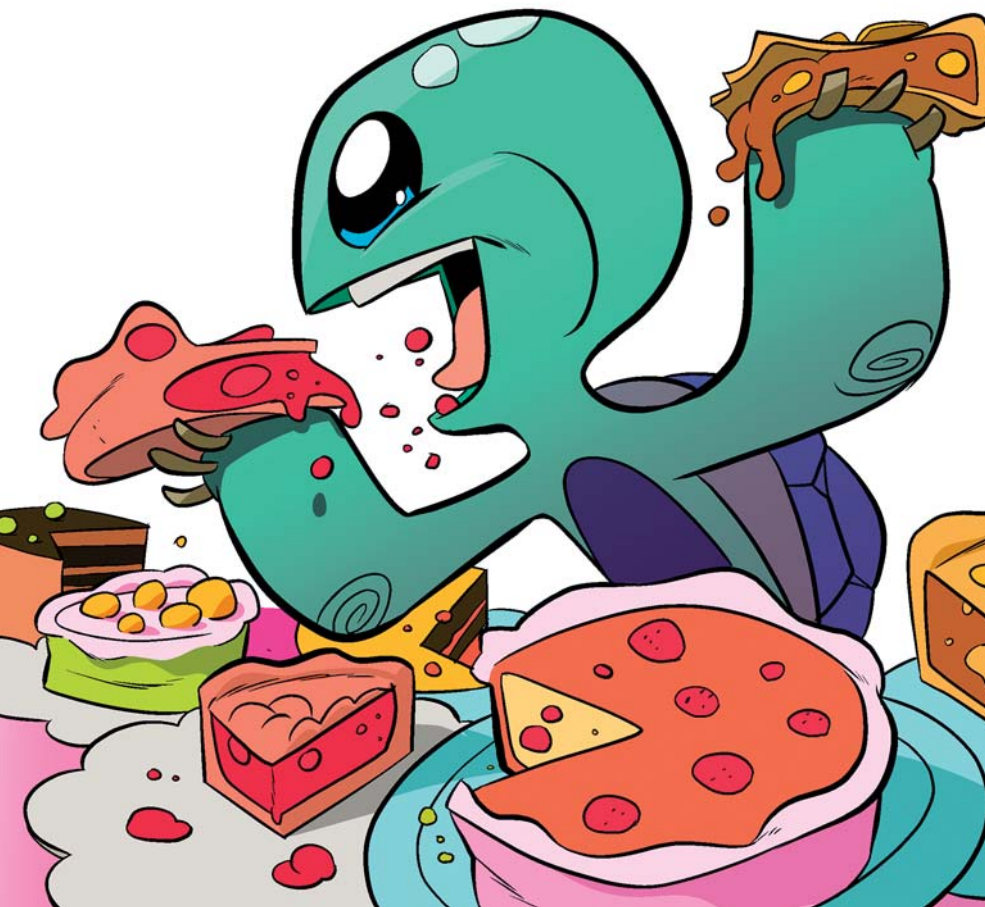
—Pues a mí me gustaría verlo alguna vez

—insistió Chispas.

—Esa es otra de tus ideas locas —le echó en cara la tortuga que tenía a su lado—. Si sigues así, un día tu cerebro va a echar chispas de verdad.

Una oleada de aplausos resonó a sus espaldas.

Como era de esperar, Trotuman acababa de ganar el premio a glotón del siglo.



—Sería interesante ver ahora una carrera entre Relámpagus y Trotuman, **¿no creéis?**

—preguntó Willy.

—Podría ser un duelo muy igualado —asintió Vegetta—. La tortuga centenaria contra la tortuga tragona.

—Ganaría Relámpagus —dijo Vakypandy para sorpresa de sus dos amigos—. **¿Qué?**

No me miréis así.

¿Habéis visto cómo corre el abuelete?



Willy y Vegetta se quedaron atónitos al ver cómo Relámpagus corría en busca de la última porción de tarta de frutas que había quedado sobre la mesa de los concursantes.

¡Parecía un atleta olímpico!

—Al final va a ser que sí está en forma.

Willy, Vegetta y Vakypandy fueron a celebrar la victoria con su amigo. Cuando llegaron, Relámpagus no había dejado ni una migaja de las tartas sobrantes. Era rápido hasta para comer. Aunque eso era lo de menos. A Trotuman se le veía feliz y eso era lo más importante.

—Me alegra haberte acompañado a esta fiesta, viejo amigo —reconoció Willy.

—A mí también —dijo Vegetta.

—Después de todo, no ha sido tan mala idea, ¿verdad? —preguntó Trotuman—. Bueno, como la mayoría de las que tengo.

—Tampoco creo que haya que pasarse, ¿eh?

El resto del día lo pasaron disfrutando de la fiesta:
bailaron la tradicional conga de las tortugas, participaron
en el descenso de caparazones colina abajo y conocieron
a un sinfín de familiares de Trotuman.





Caía la tarde cuando una tortuga llamada Púas —porque de su concha sobresalían numerosos picos— irrumpió en la zona de baile.

—¡Acabo de encontrar un tesoro!

—exclamó—.

¡Estaba enterrado en la arena de la playa!

En sus manos sostenía un objeto alargado con forma cilíndrica que se estrechaba en uno de sus extremos. Su superficie, lisa y de un color oscuro, reflejaba destellos de las hogueras que había a su alrededor. Un buen número de tortugas rodeó a Púas para contemplar el maravilloso objeto.

—Bah, no tiene nada de particular —dijo de pronto Trotuman—. No es más que una botella.

—¿Una botella?

—preguntaron algunas tortugas.

Estaba claro que muchas de ellas no tenían tanto mundo como Trotuman—.

¿Qué es una botella?

Trotuman se acercó hasta Púas. Por el camino engulló un par de canapés bastante aceitosos que pilló a su paso.

—Un recipiente que sirve para guardar líquidos —explicó, al tiempo que tomaba la botella de manos de Púas.



Sin embargo, las manos de Trotuman, impregnadas del aceite de los canapés, no pudieron sostener con firmeza la botella y esta salió disparada como un cohete. Ni siquiera Relámpagus fue lo suficientemente veloz para evitar que se estampase contra una gran roca.

Se hizo el silencio.

—Ejem... —dijo Relámpagus, que se había quedado parado ante los restos de la botella—. ¿No decías que esto era un recipiente para líquidos?

—Bueno, sí...

—Pues dentro solo hay un papel.

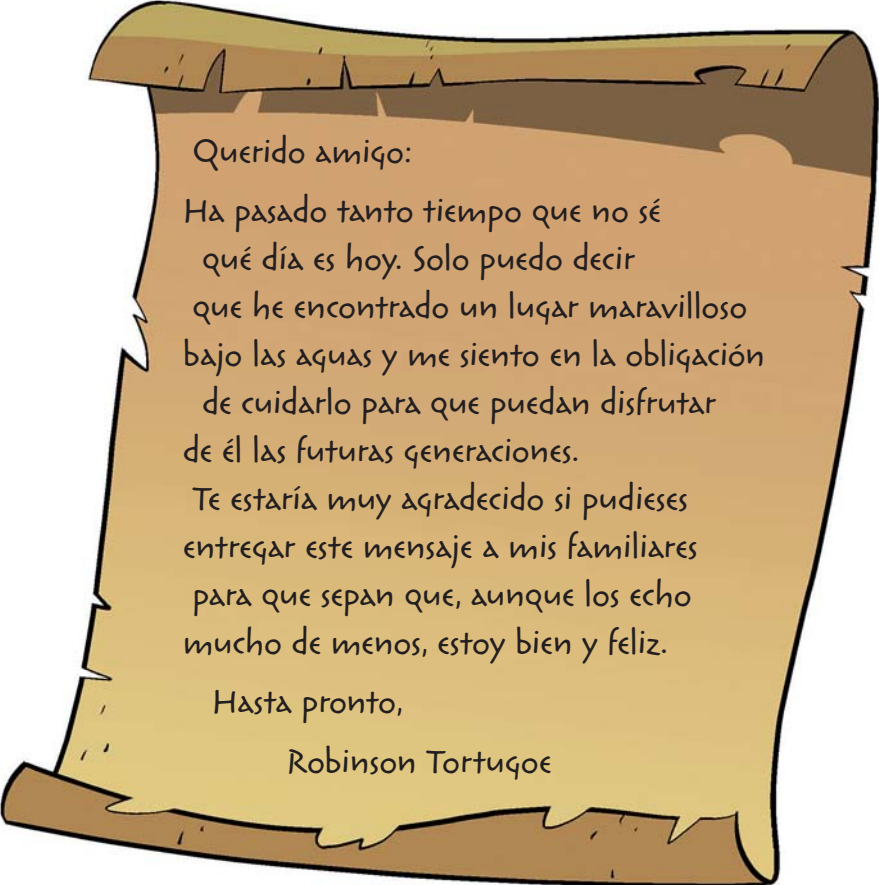
Willy y Vegetta corrieron hasta allí.

—**¿Un papel?**

¡Eso es un mensaje en una botella!

Los dos amigos se apresuraron a desenvolver el pequeño rollo de papel. En él había un breve mensaje y lo leyeron en alto:





Querido amigo:

Ha pasado tanto tiempo que no sé
qué día es hoy. Solo puedo decir
que he encontrado un lugar maravilloso
bajo las aguas y me siento en la obligación
de cuidarlo para que puedan disfrutar
de él las futuras generaciones.

Te estaría muy agradecido si pudieses
entregar este mensaje a mis familiares
para que sepan que, aunque los echo
mucho de menos, estoy bien y feliz.

Hasta pronto,

Robinson Tortugoe

Era prácticamente imposible encontrar a alguien en toda la isla que no supiese quién era Robinson Tortugoe, el famoso aventurero. Partió hace muchos, muchos años. Más aún que Trotuman. Buscaba descubrir nuevas civilizaciones, encontrar tesoros y vivir muchas aventuras. Y aunque no supiesen de cuándo era aquel mensaje, parecía que lo había logrado. Aquello era un nuevo motivo de celebración y a eso se dedicaron las tortugas, hasta bien entrada la madrugada.